



AÑO I.

Valencia 30 Abril 1867.

NÚM. 8.

LA EMPERATRIZ DE AUSTRIA.

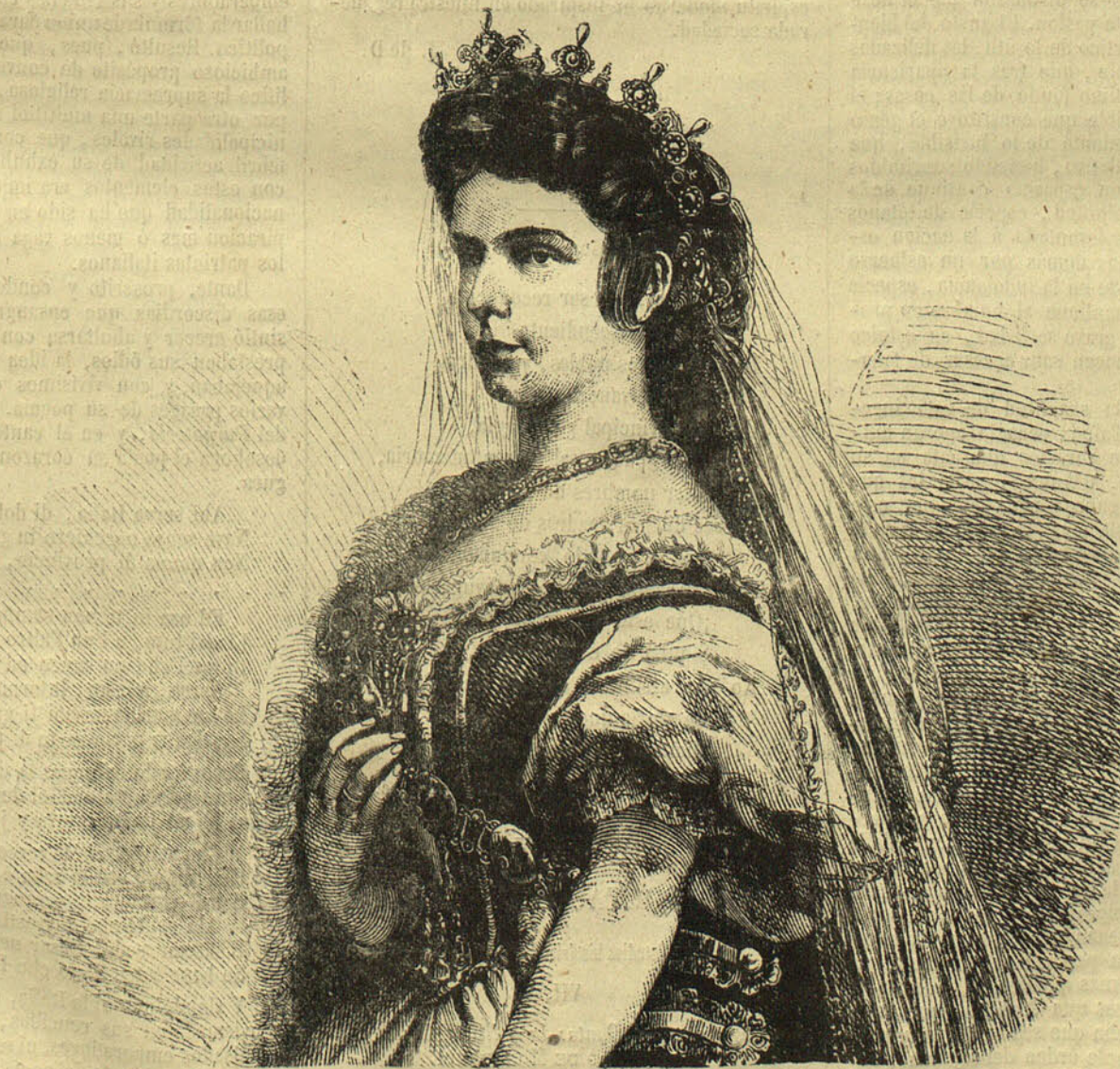
En el número 5 de *El Panorama* hablamos de las afortunadas hijas del duque Maximiliano de Babiera, con motivo de publicar el retrato de una de ellas, la princesa Maria Carlota, prometida de Luis II, rey de Babiera. Hoy concedemos un puesto en esta galería á Isabel, la mas dichosa de estas bellas hermanas, si la dicha ha de medirse por los favores de la fortuna y la grandeza.

Isabel de Babiera, que nació el día 24 de Diciembre de 1837, de modo que ahora cuenta veintinueve años de edad, es la esposa del emperador de Austria Francisco José. Este joven monarca quiso elegir esposa que fuera cara á su corazón, y con pretexto de grandiosas fiestas en su corte, convocó á las mas ilustres princesas de Alemania, país que por la multitud de Estados en que hasta ahora ha estado dividido, ha ofrecido á los soberanos que creen necesario que sus

esposas sean de sangre real, numerosa pleyada de mugeres en disponibilidad. Entre todas las que en aquella ocasion se reunieron en Viena, la arrogante Isabel de Babiera cautivó el corazón imperial, y poco despues subia al trono de los Hapsburgos (24 de Abril de 1854.)

Merecida tenia esta suerte la princesa Isabel, porque es una jóven que además de las prendas físicas que la adornan, está dotada de un carácter noble y generoso, y de una inteligencia perspicaz y levantada. Su caridad es inagotable, y nunca llega á ella el desvalido sin encontrar amparo. En la vida privada su conducta es un modelo de virtudes, como casi sin ninguna escepcion lo son todas las princesas alemanas, educadas con la severidad de principios que constituyen tan fuerte y santamente la familia allende el Rhin.

Tiene dos hijos: la archiduquesa Gisela, de once años, y el archiduque Rodolfo, heredero del trono, de nueve años.



La Emperatriz de Austria.

El grabado que hoy publicamos representa á la emperatriz Isabel de Austria con el traje de reina de Hungría, tal como va á presentarse en Pesth para la coronacion, que debe verificarse este mismo mes.

LOS ESPAÑOLES

TALES COMO ERAN EN EL SIGLO XVII.

VII.

Hora es ya de que terminemos los artículos que nos ha inspirado el viaje por España de Madame d'Aulnoy; hora es de que abarcando los varios incidentes que hemos recordado, reuniendo las distintas escenas que hemos transcrito, los diversos rasgos de carácter que hemos enumerado, formemos idea del genio nacional tal cual lo revelaban en el siglo XVII las condiciones de la vida en España. Pero como estamos buscando en los autores extranjeros la impresión que esa vida les produce, vamos á transcribir lo que dice un notable escritor francés contemporáneo, Mr. H. Taine, al recorrer, como lo hacemos nosotros, el libro nuevamente publicado de Madame d'Aulnoy.

«Recórranse, dice, todas las esferas de la actividad nacional, y búsquense en ellas los vestigios del espíritu público; examínese esa literatura brillante y limitada, á la que las hipérboles, los conceptos, los juegos de palabra, la sonoridad de la frase, las locas aventuras y el furor de los sentimientos exaltados dan un brillante y falso oropel, pero en la que si se exceptúa una sola obra que es la crítica de todas las demás, la filosofía general y la verdadera ciencia del hombre no han levantado un solo monumento; estúdiense aquella política altanera y ciega, que de tantas fuerzas acumuladas por la naturaleza y la fortuna, no supo sacar mas que la esterilidad y la muerte, y en medio de todo ello se encontrará un instinto dominador y destructor, como un abceso enorme que ha absorbido toda la sangre vital. Hizose el vacío en el hombre: no le quedó mas que la necesidad de la sensación escésiva y acre; las otras facultades ó aptitudes se atrofiaron por el desarrollo anormal de esta pasión. El gusto del bienestar y el sentido práctico de lo útil, las delicadas adivinanzas del ingenio, que tras la apariencia física descubre el último fondo de las cosas; el sentimiento de lo posible que constituye el genio práctico, y el sentimiento de lo invisible, que forma el genio especulativo, han sido suprimidos y reemplazados por un espasmo continuo de la imaginación y de la voluntad, especie de tétanos que despues de haber levantado á la nación española sobre todas las demás por un esfuerzo terrible, la postra inerte en la indolencia, especie de monomanía que mantiene al hombre en prolongado silencio, en grave seriedad, en estoico fastidio, del cual le hacen salir accesos de fanatismo ó de amor.»

No garantizamos la exactitud de esta ingeniosa síntesis de Mr. Taine; pero la apoyan muchos de los rasgos de carácter que cita en su libro de viage Mme. d'Aulnoy, y de los que vamos á citar aun algunos, para terminar este ligero estudio; «Hasta cuando juegan, dice la escritora francesa, parecen estatuas que obran por algun resorte, no pronuncian palabra alguna ni dejan que el rostro exprese la menor impresión. Muchas lindas damas usan gafas, para manifestar gravedad: casi todos los caballeros de categoría las llevan, y solo se las quitan para dormir, y cuanto mas elevado es el personaje mas grandes son las gafas que lleva. No hay en el trato ninguna familiaridad: siempre se hablan y visitan ceremoniosamente. Su carácter es sombrío, soñador, extravagante, celoso y melancólico. Muchos contraen manías. Saint-Simon cita un personaje que hacia diez años no queria salir de la cama. La vida, comprendida de este modo, es un desierto. Contemplad la del mas elevado de todos esos magnates y príncipes, la del monarca cuyos títulos de soberanía llenan tres páginas. Su nombre es sagrado, y para persuadir al pueblo á que lo haga todo, no hay mas que decirle, «el rey lo manda.» Por cuantiosas que sean las riquezas de los grandes, por mucha que sea su altivez y presunción, á la mas simple orden del rey van, vienen, parten al destierro ó se someten á la cárcel sin vacilar y sin quejarse. Pero la misma fuerza

de imaginación que ha entronizado al rey como un Dios, lo aprisiona en las ligaduras de un ceremonial que tiene tanta autoridad como un dogma. Felipe III fué muerto de erisipela, porque un braseró demasiado encendido le abrasaba el rostro, y no estaba allí el gentil-hombre encargado de arreglar el fuego. La jóven reina cayó del caballo y enredado el pié en el estribo, era arrastrada por el fogoso animal, sin que nadie se atreviese á socorrerla, porque el que toca á la reina tiene pena de la vida: dos caballeros osaron infringir la regla; arrojáronse sobre la reina, la salvaron, é inmediatamente montaron en sus caballos, partieron á escape y se refugiaron en un convento, donde esperaron el indulto.

«Cuando tocan las diez de la noche, si la reina está cenando, sus damas, sin decirle palabra, comienzan á despeinarla, otras la descalzan, por debajo de la mesa, y de buen ó mal grado la llevan á la cama.» Todo está reglamentado, pesado, medido, hasta los menores detalles del traje real, del gesto real, de la conciencia real y de los placeres reales. El hombre desaparece bajo esa minuciosa etiqueta, y solo queda una especie de autómatas, que se mueve con arreglo á un código minucioso y completo, en el que todo está previsto. El rey se confiesa, comulga, pasea, viaja, recibe corte, en días fijos, con traje determinado. «El rey es la imagen de su pueblo, dice Mr. Taine, ambos se apagan y se petrifican. La historia general y la psicología individual presentan aquí el mismo espectáculo grandioso y lúgubre, de un entusiasmo que se fija en ritos, semejante á la ardiente lava que despues de los esplendores terribles de su avenida de fuego, se detiene, se endurece y cubre la llanura de sus raudales inmóviles y negros.»

En esta síntesis hay algo de absoluto, como en las historietas y anécdotas que la motivan hay mucho de exagerado, pero es preciso convenir que ellos retratan gráficamente la sociedad en verdad petrificada de la España del siglo XVII, y que la reproducción de ese cuadro singular, por mas que mortifique algo nuestra vanidad nacional, no es del todo inoportuna en estos días en que parece que sea moda lamentar la pérdida de las antiguas virtudes y despreciar todo lo que el espíritu moderno ha inspirado en nuestra regenerada sociedad.

J. de D.

ARISTOCRACIA, DE ROWE.

(Traducción del inglés.)

Si el honor fuera ser reconocido
Lejano descendiente
De antecesores nobles, yo podría
Estar envanecido
Con una principal genealogía,
Y de mis padres al hacer memoria,
Citar nombres de historia,
Héroes divinos, padres de la patria,
Que el mundo conquistaron
Y con fé y con valor lo subyugaron.
¡Que esto sea su premio!
Siquier de él yo carezca,
No me atribuiré de los que fueron
La gloria que tuvieron,
Mientras no la merezca.

R. Ferrer y Bigné.

LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios.

VII.

Las tres musas del Dante: la política; Dante gibelino; el libro DE MONARCHIA.

El arrebatamiento del amor platónico y los vuer-

los de la ciencia mística dieron al vate florentino ese aire de melancolía y de profunda meditación que ha impreso indeleble sello en su busto, destinado á la inmortalidad; pero notamos en él además un ceño rencoroso, un acerbó desdén que no puede provenir del amor ni de la ciencia, y que fué hijo de otro elemento, cuya fermentación agrió el carácter impresionable y duro del fogoso poeta. Ya hemos visto, al recordar su vida, los sufrimientos, los desengaños, el prolongado suplicio á que le condenó la pasión política: cúmplenos ahora tomarla en cuenta, como otro de los orígenes de su inmortal poema, como la tercera y no la menos poderosa de las musas que lo inspiraron.

La lucha entre el Sacerdocio y el Imperio había agitado profundamente la Italia durante dos siglos. Gregorio VII é Inocencio III, levantando su voz augusta contra las pretensiones de los emperadores germánicos, representaban la idea liberal y emancipadora, que se refugiaba en la Iglesia para combatir la tiranía brutal en una época de violencia y de fuerza. Por eso el partido popular púsose al lado de los papas en todas las ciudades italianas; y en la lucha contra el común enemigo del Pontificado y de la Italia, surgieron las repúblicas, que armando á sus libres ciudadanos, detuvieron y rechazaron el torrente de la invasión germánica. Dante aun tomó parte en su juventud, en aquellas entusiastas campañas de los *guelfos*, contra los *gibelinos* ó parciales de los emperadores. Mas, cuando el campo quedó definitivamente en poder de aquellos, vióse que los que habían sabido resistir y vencer, no eran aptos para organizar y subsistir. Aquel gran movimiento popular, impulsado por los papas, fracasó lastimosamente. La idea que lo había animado, tenía fuerza como oposición al despotismo feudal; mas carecía de valor práctico para constituir un nuevo organismo político. Los pontífices, que hacían vibrar todas las fibras generosas del corazón, cuando en nombre de Dios se oponían á los desafueros de los monarcas y reivindicaban la libertad de la Iglesia, alarmaron á todos los poderes cuando quisieron convertir su oposición en un sistema positivo de imperio universal. Las ciudades que valerosamente habían luchado contra los emperadores y sus feudales caudillos, no supieron hallar la fórmula de unión para constituir un cuerpo político. Resultó, pues, que hubo en Italia un ambicioso propósito de convertir en imperio político la supremacía religiosa, en el Pontificado, y por otra parte una multitud incoherente de municipalidades rivales, que convertían contra sí la febril actividad de su exuberante vida pública: con estos elementos era imposible concentrar la nacionalidad que ha sido en todas épocas la aspiración mas ó menos vaga de los pensadores y los patriotas italianos.

Dante, proscrito y condenado á muerte en esas discordias que ensangrentaban su patria, sintió crecer y abultarse con el alimento que le prestaban sus odios, la idea de los males que la aquejaban, y con vivísimos colores los pinta en varios pasajes de su poema. Abramos la cántica del *Purgatorio*, y en el canto VI veremos cómo desahoga el poeta su corazón henchido de amargura.

Ahi serva Italia, di dolore ostello,
Nave senza nocchiero in gran tempesta,
Non donna di provincie, ma bordello!

Ed ora in te non stanno senza guerra
Li vivi tuoi, e l'un l'altro si rode
Di quei che un muro ed una fossa serra.
Cerca, misera, intorno dalle prode
Le tue marine, e poi ti guarda in seno
Se alcuna parte in te di pace gode.

Recordando entonces la dominación imperial, á la que volvía los ojos el desesperado poeta, en busca de un poder fuerte y justo, exclamaba:

Che val perché ti racconciasse il freno
Giustiniano, se la sella é vota?
Senz' esso fora la vergogna meno.
Ahi gente che dovresti esser devota,
E lasciar seder Cesar nella sella,
Se bene intendi ciò che Dio ti nota!

Y viendo que ni la Italia, cada día mas dividida y avismada en sus rencillas, se acordaba de los espulsados emperadores, ni estos tampoco respondían al llamamiento del poeta, prorumpía en estas amargas frases:

Guarda com' esta fiera (1) é fatta fella
Per non esser corretta dagli sproni
Poi che ponesti mano alla predella.
O Alberto Tedesco (2), che abbandóni
Costei ch'è fatta indomita e selvaggia,
E dovresti inforcar li suoi arcioni,
Giusto giudizio dalle stelle caggia
Sopra il tuo sangue.

Pero, cuando estremaba Dante su acerva crítica, era al hablar de Florencia, la patria querida á quien manifestaba su amor hasta con la acritud de sus imprecaciones. Despues de haber pintado con tan sombríos colores la situacion de Italia, esa fiera indomita y salvaje, se dirige á la bella ciudad del Arno, y le dice así con sagriento sarcasmo:

Fiorenza mia, ben puoi esser contenta
Di questa digresion che non ti tocca,
Mercé del popol tuo che sí argomenta.

Or ti fa lieta, che tu hai ben onde:
Tu ricca, tu con pace, tu con senno,
S'io dico ver, l'effetto nol nasconde.

Atene e Lacedemona, che fenno
L'antiche leggi, e furon si civili,
Fecero al viver bene un picciol cenno
Verso di te, che fai tanto sottili
Provedimenti, che a mezzo novembre
Non giunge quel che tu d'ottobre fili.

Quante volte del tempo che rimembre,
Legge, moneta, e ufficio, e costume
Hai tu mutato, e rinnovato membre?

E se ben ti ricorda, e vedi lume,
Vedrai te simigliante a quella inferma
Che non puo trovar posa in su le piume
Ma con dar volta suo dolore scherma.

Si con tan negros colores pinta Dante la precaria instabilidad del gobierno municipal, no son menos sombríos los que emplea para anatematizar las ambiciones mundanas de los papas. Bonifacio VIII, el gefe de la faccion guelfa, es tratado en la Divina Comedia con una saña, á que en nuestros tiempos no llegaria el mas audaz libelista. El poeta supone que el mismo San Pedro le habla en estos términos del pontífice reinante:

Quegli ch'usurpa in terra il luogo mio,
Il luogo mio, il luogo mio che vacca
Nella presenza del Figliol di Dio,
Fatto he del cimiterio mio (3) cloaca
Del sangue e della puzza, onde 'l perverso
Che cadde di quassù (4) laggiù si placa (5).

Y despues de condenar con tan violentas frases al papa, pone en boca del principe de los apóstoles la siguiente significativa censura de la participacion de sus sucesores en las luchas que dividian á los principes y á los Estados, y en las cuales procuraban sacar el mejor partido posible para sus intereses temporales.

Non fu la sposa di Cristo allevata
Del sangue mio, di Lin, di quel di Cleto,
Por essere ad acquisto d'oro usata;
Ma per acquisto d'esto viver lieto
E Sisto e Pio, Calisto ed Urbano,
Sparse lo sangue dopo molto fleto:
Non fu nostra intenzion ch'a destra mano
De' nostri sucesor parte sedesse,
Parte dall'altre del popol cristiano:
Ne che le chiavi ch'è mi fur concesse,
Diveniser segnacolo in vesillo
Che contra i batezati combattesse:
Né ch'io fosse figura di sigillo (6)
A' privilegi venduti e mendaci,
Ond'io sovente arroso e disfavillo.
In vesta di pastor lupi rapaci
Si veggion di quassù per tutti i paschi:
O difesa di Dio, perché pur giaci?

Dante, anticipándose á los que han visto el origen de estos males en las temporalidades de la Iglesia romana, señala el patrimonio de San Pedro como la causa de la ambicion que tan duramente condena, y esclama así, refiriéndose á la supuesta donacion de Constantino:

Ahi Constantin, di quanto mal fu matre,
Non la tua conversion, ma quella dote
Che da te prese il primo ricco patre!

- (1) La Italia.
- (2) Alberto de Austria, hijo del emperador Rodolfo.
- (3) Roma, donde está enterrado San Pedro.
- (4) Satanás, que cayó del cielo.
- (5) *Paradiso*, canto XXVII.
- (6) El selo pontificio que lleva la efigie de San Pedro.

¿Qué idea animaba á Dante, al atacar de este modo á la libertad republicana y al poder teocrático, las dos fuerzas que despues del triunfo de los guelfos habian quedado subsistentes en Italia? ¿No era un pensamiento de retroceso, el de llamar de nuevo á los emperadores para que montasen y enfrenasen aquel caballo desbocado?

No nos estrañe ver al poeta nacional de la Italia pedir cadenas para su patria: el génio se adelanta siempre á su siglo, y Dante comprendia que la última hora de la independencia municipal habia sonado, que la libertad de los comunes era un obstáculo á la concentracion de las fuerzas sociales que habia de crear las nacionalidades modernas; y al ensalzar al imperio, vislumbraba aquella idea de una gran monarquía, reflejo sobre la tierra del poder divino, que destruyendo las aristocracias, proclamase la igualdad del derecho, de la razon y de la justicia. Todas estas ideas que los juriconsultos, nuevo poder en la sociedad, iban generalizando, sacándolas del derecho romano imperial, se reunieron en la cabeza del Dante en un sistema que espuso en su libro de *Monarchia*.

Este libro, escrito en latin, nos revela su ideal político. Ferviente y austero católico, el poeta gibelino queria que la Iglesia no interviniese en las cuestiones mundanas, y que el Pontificado, libre de los compromisos que le creaban sus temporalidades, rigiese con entera independencia el mundo deespíritu. Para gobernar el mundo, Dios ha instituido otro poder, poder que las tendencias unitarias del Dante querian que fuese soberano, absoluto y univesal. El pueblo romano habia sentado las bases de esa dominacion, y Dios mismo era el que le habia dado la victoria, sometiendo á su necesario yugo á las demás naciones. Ese imperio queria Dante que renaciese, para alcanzar, como en tiempo de Augusto, la paz universal. *Sub divo Augusto Monarchia, existente monarchia perfecta, mundum undique fuisse quietum satis constat.*

En este poder fuerte, absoluto, universal, reflejo del poder de Dios, pero separado de la autoridad religiosa; en esa filosofía de la historia que hace intervenir á la Providencia sancionando la victoria para la creacion de los imperios, ¿no se encuentra el primer preludio del sistema del absolutismo de derecho divino, que dominó mas tarde en Europa, formando ó vigorizando las grandes naciones, por la fusion de los elementos que luchaban en la Edad Media? El libro de *Monarchia* ¿no es un precursor del *Discurso sobre la historia universal* y de las teorías políticas de Bossuet? No juzgamos si la monarquía absoluta y seglar, opuesta al sistema feudal y al teocrático que luchaban en los siglos medios, fue una evolucion ventajosa y necesaria de la política europea; pero sí debemos consignar que Dante, anticipándose á la marcha de los tiempos, la proclamó claramente en el siglo XIV.

Teodoro Llorente.

INCÓGNITA.

Dios es Dios, el mar inmenso,
El pensamiento sin limites,
Clara y bulliciosa el alba,
La noche callada y triste,
Las flores encantadoras,
Negro el cuervo, blanco el cisne,
El hombre es malo ó es bueno,
La muger... ¡incomprensible!

R. G. Amandi.

APUNTES DE MI LECTURA.

Desde el fondo de la historia de la humanidad y en medio de las figuras colosales que se destacan en la larga sucesion de las generaciones, place encontrar las pequeñeces del hombre bajo el manto de los semidioses. Al recorrer las obras de los genios y enumerar los hechos de los héroes, es curioso percibir ciertas singularidades, que acercan los grandes hombres al vulgo de los mas, no para arrojarlos de los pedestales de gloria en

que la justa admiracion unas veces y la servil adulacion otras les han colocado, sino por la satisfaccion que causa el percibir ciertas debilidades y accidentes, que hacen resaltar sus nombres y las obras de sus inteligencias.

Asi ha habido lectores entendidos, dotados de una paciencia laudable, que han apuntado preciosas curiosidades biográficas, bibliográficas, literarias, históricas, militares, filosóficas, anecdóticas, de costumbres, de descubrimientos, de las Bellas Artes y finalmente de arqueología.

He aquí algunos apuntes sobre particularidades físicas. El autor anónimo de las *Nugæ venales*, entre otras muchas cuestiones propone la siguiente:

—¿Cuál es la mejor nariz?—Y el mismo autor responde que la nariz grande. «Véanse, dice, los bustos y medallas de todos los emperadores romanos. La nariz de Numa era respetable, y por eso le dieron el sobrenombre de Pompilio, como si dijéramos nariz superlativa. Segun Plutarco, Licurgo y Solon, así como todos los reyes de Roma, escepto Tarquino el Soberbio, tenían el mismo ornato que Numa. Una nariz grande es siempre una prueba de sabiduria (prosigue el mismo anónimo); y lo prueba con la nariz de Homero, que era mas que regular.

Las narices grandes, dice Vigneul-Marville, son respetadas en todas partes menos en la China y entre los Tártaros. Una nariz chata desagrada, y hace presagiar mal. El condestable Anne de Montmorenci era chato; y por eso se llamaba «El chato de Montmorenci.» El Duque de Guisa, hijo del que asesinaron en Blois, era chato tambien; y yo, añade el citado autor, he conocido á un hidalgo que profesaba un respeto profundo á las dos casas de Guisa y Montmorenci, y que no podia consolarse de haber encontrado dos chatos en esta ilustre casa, como si fuera un defecto que empañara el brillo de su alcurnia.

Supuesto que los citados autores sostienen como prenda distinguida la nariz grande, debe concederse esta honra á las narices de Tito Livio de Ovidio, de Angelo Policiano, de Carlos Borromeo, de Leon Ancona, Presidente de la Academia della Virtù, en el siglo XVI, de Camoens y de Kett, escritor inglés.

No podia decirse lo mismo de Berand II, del fin de Auvernia, denominado el *Conde chato*, ni de Guillermo de Orange el *Romo*, celebrado en todos los romances de Caballería.

Francisco, Duque de Alençon, hermano de Enrique III, quedó tan desfigurado por la viruela, que su nariz quedó casi partida en dos. La nariz de Cyrano de Bergerac tenia tales dimensiones, que su maestro tenia necesidad de echar con frecuencia mano á la espada, para castigar á los insolentes, que se detenian para contemplarle mucho rato.

Madama Genlis, dotada de una gran nariz se lamentó de que un pintor hubiera reducido sus proporciones en un retrato suyo.—¿Es esta mi nariz, añadió, mi nariz celebrada tantas veces en prosa y en verso?

Añadiremos acerca de tan importantes cuestiones algunas consideraciones del citado Vigneul-Marville.

«Todos admiremos con razon que no existan dos rostros enteramente iguales; pero pocos se fijan en una circunstancia tambien maravillosa, y es, que cada fisonomía se presenta de suerte, que por feo que uno nos parezca, á no estar desfigurado por algun accidente, no podria modificarse para mejorarla, sin peligro de quedar deforme; porque en su misma fealdad la naturaleza ha observado tan exacta simetria, que no se puede aspirar racionalmente á corregirla. Por ejemplo, si uno intentara prolongar la nariz de un chato, digo que no haria cosa que lo valiera; porque prolongada la nariz de esta clase, no haria simetria con los demas rasgos de la fisonomía, que teniendo cierta magnitud y ciertas protuberancias, reclaman que la nariz guarde con ellas la debida proporcion. Así, pues, conforme á ciertas reglas muy perfectas en sí mismas, un chato debe ser chato; y segun las mismas reglas, la fisonomía que acompañara á la nariz roma, seria monstruosa, si la nariz fuera aguilena. Y digo mas; y es que algunas veces es tan necesario que un hombre tenga poca nariz, como es necesario que en el orden toscano, por ejemplo, el chapitel de la columna no tenga voluta. Lo que en el orden jónico y corintio seria un adorno, en el toscano seria una irregularidad.»



UNA NUEVA REBECA. ESCENA ESPAÑOLA. POR MORGAN.



BENDICION DEL PAPA EL DIA DE PASCUA.

«Una nariz pequeña, unos ojos pequeños y una boca grande, que de ordinario nos llaman la atención, pertenecen sin duda á un orden de belleza, que tal vez no sea de nuestro gusto; pero que no debemos condenar, porque al fin es un orden, que tiene sus reglas, que no podemos contradecir.»

Vicente Boix.

EL OLIVO.

SONETO.

Tiende el olivo, símbolo de paces,
Sus ramos sobre el valle protectores;
Doradas mieses y brillantes flores
Orean á sus pies soplos fugaces.
Vosotros que alfombraís de rubias haces
La campiña feráz, ¡oh, segadores!
Y tú, la niña que de mil colores
Guirnaldas tejes y coronas haces;
Ceñid cantando á la serena frente
Las que os ofrece bellas y frondosas
El Arbol de la Paz ramas amigas;
A su sombra feliz brota la fuente
Que en sus márgenes dà siempre abundosas
Al Amor flores y al Trabajo espigas.

Teodoro Llorente.

BENDICION DEL PAPA EL DIA DE PASCUA.

Solemnísimas é imponentes son todas las funciones religiosas de Semana Santa en Roma, pero entre todas ellas el espectáculo mas magnífico y conmovedor es, sin duda, el acto de bendecir el Sumo Pontífice á la ciudad y al Mundo, *urbi et orbe*, desde el principal balcon de la grandiosa basílica de San Pedro del Vaticano. Esta bendición la dà el Papa estos dos días y el de San Pedro, en dicho punto; el día de la Ascension en San Juan de Letran, y el día de la Asuncion de la Virgen en Santa Maria la Mayor.

El grabado que publicamos en este número reproduce el animado y pintoresco aspecto que presenta la estensa y monumental plaza del Vaticano en el momento de la bendición del día de Pascua, en la que hay la particularidad de que los devotos campesinos de las inmediaciones de Roma llevan sus caballerías y reses, para que también á ellas alcance la bendición papal. En el fondo se ve la gran iglesia de San Pedro, con su magnífica avenida, y en primer término la vasta plaza circular, rodeada por preciosos pórticos, coronada de gran número de hermosas estatuas. En el centro de la plaza se levanta el atrevido obelisco egipcio, y á la izquierda se ve, detrás de la plaza, parte del palacio del Vaticano que ocupa el Papa.

La bendición la dà el Pontífice desde el balcon principal de la fachada de la Iglesia, adornado con lujosas colgaduras y un gran dosel de terciopelo carmesí. El Papa es conducido á aquel sitio en *silla gestatoria*, con los hábitos pontificales y la tiara. Apenas aparece Su Santidad, en el inmenso gentío que llena la plaza se produce un religioso silencio, y el Papa pronuncia las siguientes palabras: «Sancti Apostoli Petrus et Paulus de quorum potestate et auctoritate confidimus, ipsi intercedant pro nobis ad Dominum, Amen. Precibus et meritis Beatae Mariae semper Virginis, Beati Michaelis Archangeli, Beati Joannis Baptistae, et Sanctorum Apostolorum Petri et Pauli, et omnium Sanctorum, misereatur vestri Omnipotens Deus, et dimisis omnibus peccatis vestris, perducatur vos Jesus Christus ad vitam eternam, Amen. Indulgentiam, ad solutionem et remissionem omnium peccatorum vestrorum, spatium verae et fructuosae penitentiae, cor semper penitens, et emendationem vitae, gratiam et consolationem Sancti Spiritus et finalem perseverantiam ni bonis operibus tribuat vobis Omni-

potens et misericors Dominum, Amen. Et benedictio Dei Omnipotentis Patris, Filii, et Spiritus Sancti descendat super vos, et maneat semper, Amen.»

«Al decir el Papa, escribe un testigo presencial, las palabras *Et benedictio*, etc. eleva su voz de una manera tan majestuosa y sonora, que se oye perfectamente de todos los puntos de la plaza, y levanta sus brazos y mirada al cielo en ademán de recibir del Sér Supremo la bendición que comunica á los fieles. Inmediatamente el castillo de San Angelo hace la salva de ordenanza, y todas las campanas de la ciudad eterna anuncian al orbe católico la gran solemnidad que acaba de efectuarse.»

LA NUEVA REBECA.

ESCENA ESPAÑOLA DIBUJADA POR M. MORGAN.

Mirad bien á la graciosa hija de los árabes recostada en la fuente, y mirando alternativamente á sus cántaros y á la carretera que cruzan cantando los alegres arrieros de Castilla la Vieja.

Uno de ellos se aproxima á la moderna Rebeca, y con la misma galanteria de los hidalgos de alta alcurnia, apela á sus generosos sentimientos, y le pide la merced de aproximar á los labios una de sus vasijas.

El lápiz de Morgan ha reproducido con todos sus detalles esta escena tan comun en uestro pais, dándole un tinte de poesía que hace que la figura de la muger recuerde en efecto de Rebeca. En cuanto á la fisonomía de los arrieros, no puede darse nada mas español ni mas característico. Esta circunstancia que no suele ser frecuente en los artistas extranjeros, llamará de seguro la atención sobre nuestro grabado.

Encuentro de las tropas de Maximiliano y los juaristas.

La cuestion de Méjico viene ocupando, hace algunos años, la atención de ambos continentes, y no solo escita el interés de los profundos políticos que pesan los resultados del triunfo ó la derrota del principio monárquico en América, y de la preponderancia de la raza latina ó la germánica, sino tambien el de los amantes de los sucesos dramáticos, de las situaciones aventureras y de los rasgos pintorescos.

Las costumbres y el carácter de los mejicanos, entregados hace años á la vida del guerrillero, dan un aspecto especial á la reñida contienda, á la que resueltamente se ha lanzado por fin el archiduque austriaco, convertido por un capricho, del que despues se ha arrepentido Napoleón III, en Emperador de Méjico. Las tropas regularés que ha organizado este príncipe, cuya base son los voluntarios belgas, alemanes y franceses, luchan con ventaja con las partidas juaristas, cuando las encuentran en campo abierto; pero los guerrilleros mejicanos, con sus rápidas marchas, con sus sorpresas, con su conocimiento del pais y el asentimiento que este presta á sus operaciones, dejan sin efecto los parciales triunfos de las columnas imperialistas.

El grabado que hoy publicamos, tomado de un croquis original, representa un encuentro de los húsares belgas, que son las mejores tropas de Maximiliano, con una banda de insurrectos, que ostentan el pintoresco traje nacional. ¡Cómo contrastan estas escenas de odio y sangre con el silencio y la tranquilidad magestuosa de las llanuras desiertas, en las que se levantan inmóviles los bosques de espinosos cactus y otras plantas tropicales!

ANTES Y AHORA.

A BELIDA.

Quando tu dulce amor mi fè imploraba
Pugnando en vano, aunque en amores ducho
Desconsolado al fin triste exclamaba:
¡Ay! la amo mucho.

Pero cediste al fin, y aunque te amo
Con ciego afan y con delirio loco,
Tanto estimo tu amor, tanto que exclamo:
¡Ay! la amo poco.

Luis Alfonso.

EL MARQUÉS DE LOMBAY.

LEYENDA

Por D. Luis García de Luna.

I.

Toledo vestía luto por la muerte de su querida soberana la emperatriz Isabel, ocurrida el día 1.º de Mayo de 1539. Inmensa muchedumbre se agrupaba á las puertas de la mansion real, ansiosa de contemplar por última vez á aquella á quien había admirado, tanto por su hermosura como por sus virtudes. Inútilmente los servidores de palacio se esforzaban por contener el ímpetu terrible de aquel mar de cabezas humanas, que mas embravecido cuanto mas contrariado, rugía sordamente, agitaba su oleage amenazador, y parecia que por momentos se iba á desbordar rompiendo los débiles diques que lo contenía.

Como suele acontecer en ocasiones semejantes, los seres mas débiles formaban la primera línea de aquel numeroso grupo. Algunos desarraigados chiquillos y no pocas viejas, especie de crónicas vivientes que iban á recoger en aquel acontecimiento su última página, eran los encargados de apurar la poca paciencia que ya tenían lacayos y hombres de armas.

Se vió bajar por las anchas escaleras, y atravesar los corredores en direccion á la calle, á un caballero joven, apuesto y galán; pero cuyo semblante, cubierto por una nube de tristeza, armonizaba perfectamente con su traje de luto. Adelantaba lentamente y sumido en sombrías meditaciones, como si se hubiera dejado á la espalda una parte del corazón. Al verle aparecer los que figuraban en primera línea, prorrumpieron en un sordo murmullo que, rápido como la chispa eléctrica, corrió de boca en boca hasta los últimos confines de aquel mar proceloso, y cien miradas se fijaron en él con manifiesta espresion de curiosidad profunda; mas el caballero, muy distante de sospechar el efecto que había causado su presencia, prosiguió su camino sin dificultad alguna, merced á la solicitud con que todos le abrian paso, ya fuese por respeto, ya por el afán que cada cual tenía de contemplarle á su sabor.

—Dígame vuesarced, señora Mariana, exclamó una de las viejas que había logrado llegar hasta la primera fila, ¿quién es este pimpollo tan místico y tan enlutado que no se puede ver sin tristura y sin admiracion?

—Pues qué, ¿no le conoce vuesarced, señora Dorotea? ¿No ha oído vuesarced en la vida hablar del marqués de Lombay? Pues si no hay hombre mas conocido en Toledo, y aun en toda España.

—¡Valla que si he oído hablar! y aun por eso le tengo recomendado á Mari-Blanca; ya sabe vuesarced quién digo, mi nieta, que es pura y fresca como una rosa de Mayo, que procure que nunca la vean semejantes ojos, porque el tal marqués de Lombay tiene una fama...

—¿Y le parece á vuesarced que todo un Don Francisco de Borja, marqués de Lombay y duque Gandia, y tal y tan bueno, que por él darian su alma al diablo mas de cuatro princesas, y se ten-

drian por muy honradas, habia de emplearse en una Mari-Blanca como la nieta de voaced?

—¡Toma! De menos nos hizo Dios, y se han conocido príncipes enamorados de pastoras.

—Eso sería allá en los tiempos de Mari-Castañas. Y no quiero yo decir que el señor marqués de Lombay sea muy escrupuloso para estas cosas. Caballo de mejor diente... pero eso hubiera sido dos ó tres años, que ahora... no digo yo Mari-Blanca, la misma hija del gran Tamerlan, puede estar segura de que no ha de decirle *lindos ojos tienes*. ¡Bueno está el marqués para pensar en Mari-Blanca. !

—Pues ¿qué le sucede?

—¡Ave María, señora! Parece que vuesa-rced no vive en el mundo. Que está enamorado, perdido.

—¿De quién?

—De la difunta.

—¿De la señora emperatriz? ¡Digo si hago yo bien en guardar á mi nieta; y ni siquiera respeta los cadáveres!

—Señora, cálese vuesa-rced, que está diciendo mas disparates que palabras: las cosas no se han de tomar como suenan. El marqués no está enamorado de la difunta; mas para el caso viene á ser lo mismo.

—Si entiendo una sola palabra, que me em- plumen.

—Pues yo descifraré el misterio, y esto no es murmurar, porque todo Toledo lo dice á voces... Parece que el señor marqués de Lombay, que, como vuesa-rced sabe, es un famoso libertino, se enamoró perdidamente de la señora emperatriz, que está en gloria; pero ¡ya se vé! como del marqués á la emperatriz hay la misma distancia que de Mari-Blanca al marqués, y como era una señora de tantas virtudes como hermosura, y además le contenia el respeto del emperador, D. Francisco no se atrevió á que sus ojos declarasen lo que su corazón sentía. Dicen unos que estuvo á punto de volverse loco; dicen otros que de lo que estuvo á punto fue de morirse, y yo creo que pudo ser muy bien lo uno y lo otro; porque la verdad del caso es, que dió en cama con toda su melancolía, y cuando despues de algun tiempo salió á la calle, parecia un difunto.

—¡Pobre jóven!

En seguida que pudo caminar se fue á sus Estados, donde parece que recobró su salud y volvió á la corte; pero no tardó en afligirse y en tristecerse... ¡Ya se vé! Era como el hombre que se ahoga y le dan mas agua. Todos temian que se reprodujese la anterior desgracia, porque la tristeza del marqués iba cada dia en aumento. Como es un grande, no podia dejar de asistir á la corte, pero lo hacia con tanta violencia, que parece llegó á observarlo la misma emperatriz. Entonces el marqués, bien fuese porque no pudiera sufrir tanto dolor, ó bien para adelantarse á las maliciosas sospechas de los cortesanos, de quienes dicen que son gentes que viven de ofender á quien les paga, se retiró á su palacio, y no volvió á aparecer por el de la emperatriz.

—Hizo como un santo. Mire vuesa-rced que era grande su atrevimiento en poner sus ojos...

—Y ¿qué habia de hacer? ¡Pues no si no mandarle al corazón que no lata hasta cuando á uno se le antoje! En verdad, señora Dorotea, que si el difunto maese Palillos hubiera sido un príncipe, como era un ganapan, vuesa merced le hubiera amado de la misma manera.

—Eso es muy cierto.

—¡Y tanto como lo es! Pues como iba diciendo de mi cuento: cate vuesa merced que, habiendo anochecido, el marqués de Lombay, como acabo de decir, amaneció un día, y era de lo vivo á lo pintado. Ya no era aquel triste y angustiado caballero, que se escondia por los rincones para ocultar su dolor y sus lágrimas, sino el galan apuesto de otras veces. En su semblante no habia ni sombra de aquella nube de tristeza que lo habia empañado, y olvidándose, al parecer, de la emperatriz, no le alcanzaba el tiempo para decir chicleos á las damas.

—¡Miren qué prodigio! Y ¿qué era lo que le habia pasado al buen caballero?

—El lance mas extraño que se puede imaginar. Oígame vuesa merced con atencion, porque suceso mas grande no lo ha de oír en su vida, aunque le dure un siglo. Parece que una noche, de- cando el marqués divertirse sus tristes pensamien-

tos, ó lo que yo tengo por mas seguro, buscando ancho espacio donde respirar, salió á las altas horas de la noche, completamente solo, y se echó á pasear por las vaporosas calles de Toledo. La noche era oscura como boca de lobo; el viento, entrándose por los agrietados paredones del palacio de la infanta Juliana, y azotando la torre de la Catedral, exhalaba espantosos bramidos; la lluvia caia á torrentes, y de cuando en cuando rompía las tinieblas la rojiza luz de un relámpago, y le seguía un trueno tan horrible, que parecia el rumor del infierno entero desencadenado.

—¡Ay! calle vuesa merced, que se me ponen todos los cabellos de punta. Y ¿qué iba á hacer el marqués en la calle y en semejante noche?

—Por eso y por otras cosas parecidas, decian de él que estaba loco. Lo cierto es, que adelantaba con la misma impasibilidad que una alma en pena; y al llegar á una callejuela estrecha y tortuosa, por donde la escasa luz de un retablo dividia las tinieblas en un ejército de fantasmas, sintió que le tiraban de la capa. El marqués se volvió rápidamente, y requirió la espada, creyendo que tendria que habérselas con algun ladrón; pero ¿quién creará vuesa merced que era la persona que le detenía?

—Quizás el mismo diablo.

—No era sino una vieja que al marqués le pareció bruja, y de quien yo creo que podia muy bien contar los pelos á ese señor que vuesa merced acaba de nombrar. «¿A dónde vá, le preguntó la vieja, el caballero mas galán de Toledo huyendo de la felicidad que tanto desea y tan cerca tiene? Sigame usiría por cuanto mas ame en el mundo, que en Dios y en mi ánima le juro, que si bien lo paga, he de darle de esa felicidad tanta, que le cause empacho.» «¿Sabes acaso, bruja ó muger, le contestó D. Francisco, en qué viene ocupado mi pensamiento?» —«Los amantes, señor marqués, insistió la vieja, cuando no pueden poseer el original se contentan con el retrato, y si todos encuentran como usiría un alma caritativa que les animase el retrato haciéndolo pestañear, no encontrarían oro bastante con que pagar tan piadoso servicio. Sigame por su vida, y que yo le proporcione un retrato de la emperatriz tal y tan bueno que pestañee.» El marqués dió un salto y tuvo tentaciones de hacer á aquella vieja la señal de la cruz, porque le pareció que solamente el diablo podia conocer un secreto que hasta entonces habia tenido sepultado en su corazón.

—Y así debia ser la verdad: aquella muger era el diablo.

—Si lo sería; pero como el marqués se ha reido siempre de fantasmas y apariciones, pensó que se le habria escapado su secreto en algun momento de delirio, ocasionado por la fiebre. Si hay en el mundo algun espíritu aventurero, indudablemente es el suyo; y adivinando una extraña aventura en la proposición que le hacia la vieja, le tiró su bolsa, que ella se apresuró á recoger y se dispuso á seguirla, despues de requerir la espada y de asegurarse de que podria defenderse, en caso preciso, contra una legión de demonios. La vieja le condujo por un intrincado laberinto de calles y callejuelas, y le hizo penetrar en una casa, que mas bien parecia una cueva de ladrones. Cerró tras si la puerta con gran disgusto del marqués, que queria tener libre la retirada, y llevándole de la mano para que no tropezase ni se perdiese en aquella oscuridad profunda, le hizo pasar por un sin número de estrechos y pavorosos corredores. Al llegar á un patio, la oscuridad cesó de repente, y pareció al marqués oír los ecos de una música suave que sonaba lejos, muy lejos, allá en el interior de un salon, de donde procedia la luz, y que segun su cálculo debia estar por lo menos á medio día de jornada.

—Pero, señora, ¿tan grande era ese palacio, al que vuesa merced llamaba hace un momento cueva de ladrones? Pues yo no sé que haya en todo Toledo semejante edificio.

—Ni yo, ni nadie; pero como el diablo parece que se mezclaba en el asunto...

—¡Ya!

—Pues oígame vuesa merced, que aun he de contarle mayores maravillas. Dicen las gentes, aunque yo no me he tomado el trabajo de averiguarlo, que en aquel momento la vieja, trasformándose en un dragón con alas, montó sobre sus espaldas al bueno del marqués, y arrebatándolo por los aires como si fuera una pluma, lo condujo en un verbo

al salon que distante parecia. ¿Creerá vuesa merced que aquella era una casa encantada? Pues no creerá mal, porque la sala en que se encontró el marqués, era la misma cámara de la emperatriz, ó al menos tan parecida, que el menos conocedor hubiera podido confundirla. Los mismos dorados en los techos, los mismos tapices en las paredes, los mismos muebles; vamos, enteramente igual á dos gotas de agua. Todo esto llenó de admiración al marqués; pero lo que le sacó de tino fué el encontrarse frente á frente con la misma emperatriz en persona. La vieja, para no espantarle demasiado, habia vuelto á recobrar su primitiva forma; precaución inútil: el marqués solo tenia ojos para contemplar aquella vision extraordinaria. Venciendo la primera sorpresa y temiendo que habia de desvanecerse como el humo tanta felicidad, intentó acercarse á la emperatriz que le estaba llamando amorosamente; pero por mas que hizo, no pudo mover los pies, ni mas ni menos que si los tuviera clavados en el suelo; la emperatriz no cesaba en sus instancias, el caballero hacia esfuerzos inútiles para andar, y la vieja reia burlándose de su desesperación.

—Acaba, bruja infernal, de completar tus encantos, gritó el marqués; te he pagado para que me sirvas, sírveme luego.

—Yo no he visto la paga, contestó la bruja con helada indiferencia.

—¿No te di mi bolsa? ¿quieres mas? Pide, y será tuyo cuanto poseo.

—El dinero no halaga mi codicia.

—Pues ¿qué quieres?

—No es difícil de comprender, en vista de tan extraños sucesos.

El marqués prorrumpió á su vez en una carcajada; no creia mas en el demonio que en los ángeles del cielo, y persuadido de que el poder de la hechicera no podria nunca estenderse hasta su alma, le dijo:

—Bien, sea lo que quiera, yo te lo concedo todo.

No habia acabado de pronunciar estas palabras, y ya estaba en los brazos de la emperatriz. Por momentos iba á despuntar la aurora, y apareció la vieja para advertir al marqués que debia retirarse, prometiéndole prolongar su felicidad en noches sucesivas, y amenazándole con que si permanecia un minuto mas al lado de aquella muger, se desvanecería el encanto. Ya sabe vuesa merced que las brujas no quieren nada con la luz del sol. Tan satisfecho se hallaba D. Francisco con la ventura que le habia proporcionado la vieja, que temeroso de que cumpliera su amenaza, se dispuso á obedecer; pero antes quiso despedirse con una mirada de la emperatriz... Todo habia desaparecido: se encontraba sin saber cómo ni por dónde en el mismo patio oscuro por donde antes habia pasado, y mirando con asombro á su alrededor, distinguió allá lejos, muy lejos, el mismo salon que acababa de dejar, pero á la parte opuesta.

La emperatriz velaba á la cabecera de su lecho, y de cuando en cuando levantaba las colgaduras para observar con mirada ansiosa la respiración inquieta de su hijo; parecióle al marqués que aquella madre tenia en su santa ocupación una muralla impenetrable que la defendia; examinó su rostro y no vió en él señal alguna de las liviandades en que se habia deslizado aquella noche.

—¿Qué es esto? preguntó á la vieja que le acompañaba.

—Yo no he prometido á usiría mas que animar el retrato de la emperatriz. Doña Isabel no se ha apartado esta noche un instante de la cabecera de su hijo enfermo.

El marqués quedó pensativo; pero tanta impresión se habia hecho su felicidad, que temeroso de que se desvaneciera el encanto, no quiso penetrar su misterio.

—Dicen, continuó la anciana, que estas escenas se repiten todas las noches, y que el marqués vivia muy dichoso poseyendo á la emperatriz en efígie, y que á esta posesión debe atribuirse la vuelta de su alegría. Ahora sale triste y meditabundo; quizá teme que habiendo muerto Doña Isabel, no será posible prolongar por mas tiempo su encantadora vision.

(Se concluirá.)



Encuentro de las tropas de Maximiliano con los juaristas.